

debería ser un aguijón para acelerar su viage, hizo le mas lentamente de lo que era de esperar. Puesto que desde Génova, donde se reembarcó el 16, hasta Figueras empleó un mes cumplido (hasta el 16 de diciembre). Esperábale allí el conde de Palma, virey de Cataluña. Desde aquella ciudad despachó un extraordinario á la reina, con un decreto en que mandaba cesase la junta de gobierno que habia creado al tiempo de pasar á Italia, agradeciendo mucho el celo con que durante su ausencia habian desempeñado su cargo todos los ministros, el cual tendria presente para remunerar sus servicios, y ordenando que se le enviasen los negocios para despacharlos por sí mismo, á escepcion de los que por su urgencia hubiera de despachar la reina ⁽¹⁾.

Prosiguió el rey su viage por Cataluña y Aragon, descansando algunos dias en Barcelona y Zaragoza; y no empleando mas celeridad que antes en el camino llegó el 13 de enero á Guadalajara, donde habia salido la reina á recibirle, y juntos hicieron su entrada en Madrid (17 de enero, 1703), siendo aclamados por el pueblo con las mismas ó mayores demostraciones de regocijo que cuando por primera vez entró en la corte de España ⁽²⁾.

(1) Macanáz, Memorias, cap. 9. —San Felipe, Coment. A. 1702. —El itinerario de su viage hasta salir de Italia puede verse en el opúsculo *Journal de Philippe V. en Italie*.
(2) San Felipe, Comentarios. —Belando, Historia civil. —Macanáz, Memorias, MSS. —Diario de sucesos de 1701 á 1706. MS. de la Biblioteca Nacional.

CAPITULO III.

LUCHA DE INFLUENCIAS EN LA CORTE.

ACTIVIDAD DEL REY.

1703.

Conducta del rey á su regreso á España.—Rivalidad entre la princesa de los Ursinos y el embajador francés.—Intrigas del cardenal.—Contestaciones entre Luis XIV. y los reyes de España sobre este punto.—Triunfo de la princesa sobre sus rivales.—Separacion del cardenal embajador.—Retirada de Portocarrero.—Nuevas intrigas en las dos cortes.—El abate Estrées.—Aplicacion del rey á los negocios de Estado.—Reorganiza el ejército.—Espontaneidad de las provincias en levantar tropas y aprontar recursos.—Actividad de Felipe.—Anuncios de guerra.—Lígase el rey de Portugal con los enemigos de España.—Viene el archiduque de Austria á Lisboa.—Declaracion de guerra por ambas partes.—Estado de la guerra general en Alemania, en Italia y en los Países Bajos.

Tan pronto como Felipe regresó á la corte de España, y se desembarazó de las primeras ceremonias de los besamanos, de los plácemes y de los festejos con que se celebró su entrada, puso en ejecucion su decreto espedido en Figueras consagrándose á despachar por sí mismo todos los negocios de gobierno, sin dar entrada en el despacho á ningun consejero, ni de

los que le habian asistido en su jornada, ni de los que habian formado el de la reina durante su ausencia; pues no queriendo servirse de todos, ni hacer preferencias que suscitáran celos y rivalidades, tuvo por mejor no admitir á ninguno. Veremos luego los saludables efectos de esta conducta del jóven monarca, que causó gran novedad y estrañeza, especialmente al cardenal Portocarrero, que tanta influencia estaba acostumbrado á ejercer. Que aunque todavía siguieron dándose los mejores empleos á sus deudos y criaturas, mortificábale mucho no tener entrada en el gabinete del despacho. En cambio tenia en su casa una junta compuesta de varios eclesiásticos y letrados para tratar de todas las cosas de gobierno, los cuales eran muy buenos y muy experimentados en materias eclesiásticas y de justicia, pero ni versados ni entendidos, y casi completamente ajenos á las de hacienda, guerra y gobernacion general de un Estado; y por lo tanto no hicieron otra cosa que cuidar de los adelantos y medros de sus hechuras, y crearse enemigos entre los magnates, y hacer mas odioso al cardenal ⁽¹⁾.

Mas no por eso dejaron de rodear á los nuevos monarcas encontradas influencias como en los reinados anteriores. Eran no obstante influencias de otro

(1) Formaban esta junta, don Juan Antonio de Urraca, canónigo de Toledo, la persona de mas confianza del cardenal, y comensal suyo, don Alonso Portillo, vicario de Madrid, don Sebastian de Ortega, consejero de Castilla y gran jurisconsulto, y algunos otros.

género; porque eran personajes de otro y mas superior talento, de otras y mas elevadas miras los que figuraban en la escena del teatro político de la córte de España, como eran tambien otras las cualidades y otro el proceder de los dos soberanos. Hasta entonces la princesa de los Ursinos con su reconocida habilidad se habia captado el favor de la reina, é influido de tal manera con sus consejos en los negocios políticos, que no sin razon, y con el donaire que ella sabia usar en su correspondencia escrita, llamaba aquel período de su privanza *mi ministerio*. Pero la venida del cardenal Estrées, con todas las ínfulas de confidente de Luis XIV., enviado, no ya para dar consejos, sino para gobernar; con todo el orgullo de un diplomático acreditado en las córtes de Roma y Venecia, y con la presuncion que traia de su mérito, colocó á la de los Ursinos en una posicion nueva y muy delicada. Porque no tardó el cardenal en mostrar que le ofendia el influjo de la princesa, y éste tuvo que luchar, no solo con la rivalidad del embajador, sino tambien con los celos y envidias de su sobrino el abate Estrées, del confidente del rey Louville, y de su confesor el jesuita D'Aubenton.

No se acobardó por eso la princesa, y ponía en juego los recursos de su ingenio para disputar á todos el terreno del favor. Por fortuna suya perjudicó al embajador purpurado su impaciencia por hacer alarde de su superioridad, pues negándose á entenderse con

Portocarrero, con Arias y con el marqués de Rivas, se atrajo la enemistad de aquellos antiguos ministros; con sus disputas sobre preferencia paralizaba la marcha de los negocios, y con quejarse de que no se le permitía cierta familiaridad en la cámara del rey, á que se oponía la camarera como contraria á las reglas de la etiqueta de palacio, ofendió al mismo Felipe y á la reina. Pero en cambio sus quejas hallaron eco y tuvieron acogida en la córte de Versalles: y aunque Luis XIV, sintió mucho aquellas desavenencias, y recomendó al cardenal francés mucha prudencia, especialmente con el cardenal español, y le encargó se sujetase á las formalidades de la etiqueta establecida, sirvieron para que Luis retirara su confianza á la de los Ursinos, y para que escribiera al rey, su nieto, recordándole que le debía el trono, que por su causa se habia coligado contra él toda la Europa, y que por esto y por su inesperienza tenia derecho á exigirle que antes de tomar cualquier medida se pusiera de acuerdo con él, y que para eso le habia enviado al cardenal Estrées, el hombre de mas talento y mas versado en negocios que podia haber elegido. «Escoged, le decia, entre la continuacion de mi apoyo, y los consejos interesados de los que quieren perderos. Si elegís lo primero, es preciso que Portocarrero vuelva á tomar asiento en el despacho..... concediendo entrada en él al cardenal de Estrées y al presidente de Castilla..... Si preferís lo segundo,

»me ha de doler mucho vuestra ruina, que considero cercana..... etc. (1).» Y encargábale que esta carta la enseñara á la reina.

Amarga y profunda sensacion causaron á Felipe estas reconvenciones, y contestó á su abuelo manifestándole las razones de su conducta, las causas que le habian movido á gobernar solo y por sí, y deshaciendo las acusaciones de que el cardenal le hacia objeto. Pero aun con mas energía, con mas dignidad, y con mas viveza de sentimiento le escribió la reina.— «¿Cómo, le decia, cómo se ha atrevido el cardenal »Estrées á deciros tales imposturas? Perdonadme si »uso de esta palabra, pero no conozco otra en el dolor que me martiriza, y es el único nombre que puede darse á lo que debe haber escrito á V. M. para »que haya valido tal carta al rey, pues ni una sola »circunstancia hay que no sea contraria á la verdad....» Hace una defensa vigorosa de la conducta del rey, su marido, y viniendo á aquellas palabras del cardenal: «*Consejos interesados de los que quieren perder al rey,*» exclama: «¿Qué quiere decir con esto? »Si es á mí á quien ataca, juzgad hasta dónde llega »su atrevimiento..... Tampoco tiene ningun derecho »el cardenal para atacar á la princesa de los Ursinos. »Debo hacer justicia á ésta, y confesar que sus consejos me han sido siempre de mucha utilidad, y que

(1) Memorias de Noailles, tom. II.

»su buen juicio y comportamiento le han grangeado
 »la estimacion de todo el mundo en este pais..... Me
 »quitais á la princesa, y por terrible que sea para mí
 »este golpe, lo recibiria sin quejarme si viniera solo
 »de vuestra mano; pero cuando pienso que es el fruto
 »de los artificios del cardenal y del abate, su sobrino,
 »os confieso que me desespero, Ruégoos que quiteis de
 »mi vista estos dos hombres, que miraré toda mi
 »vida como mis mas crueles enemigos y persegui-
 »dores.»

Tambien le escribió la princesa, justificándose á sí misma, y haciendo una apología de los reyes sus señores, concluyendo no obstante con pedir permiso para retirarse de su puesto; proposicion que se apresuró á aceptar el monarca francés. El hondo pesar que causaba al rey y á la reina la separacion de la camarera mayor; el orgullo del embajador, que desvanecido con su triunfo aspiraba ya á derribar al ministro Orri; sus intrigas en union con el confesor jesuita para introducir la discordia entre los mismos régios consortes, puso á los jóvenes soberanos en el caso de tomar una actitud tan independiente y tan firme, que obligaron á Luis XIV. á acceder á que la princesa no saliera de Madrid y continuára permaneciendo á su lado. Con sumo talento aprovechó la orgullosa dama aquel primer acto de debilidad del monarca francés, empeñándose entonces en retirarse, mientras no recibiese orden formal de Luis en contrario; y en carta

al ministro Torcy le decia estas notables palabras:
 «Si quereis sujetar á los españoles por medio de la
 »fuerza, escusais de molestaros..... Estrées y Louville
 »no lograrían feliz éxito en pais alguno con la con-
 »ducta que observan; pero los españoles son todavia
 »menos propósito que ningun pueblo para aguantar
 »semejantes amos.»

Manejóse pues la de los Ursinos en esta lucha con tal destreza, que no solo el cardenal y Louville, encanecidos en las artes diplomáticas y favorecidos con toda la confianza y proteccion de Luis XIV., se vieron obligados á ceder á la superioridad de una muger, sino que el altivo monarca de la Francia hubo de reconocer lo que valian sus servicios, y se vió forzado á pedirle que continuara prestándolos á su nieto.

Restablecida la princesa en el ejercicio de su influjo, y satisfecho su amor propio, quiso demostrar á la córte de Versalles lo que valía, y redoblando su celo y actividad tomó una gran parte en las medidas de gobierno de que luego daremos cuenta. Tambien supo adelantarse al cardenal de Estrées en la negociacion á este tiempo entablada por Luis XIV, para que se cediesen al Elector de Baviera los Países Bajos españoles en recompensa de su alianza y de los servicios prestados en Alemania por aquel príncipe, «toda vez que aquellas provincias, decia, no servian sino para arruinar la España, sin que de ellas sacára esta nacion nin-

gun fruto.» Ya un año antes (1702) habia pretendido Luis XIV. que se le cediesen á él aquellos dominios, en compensacion de tantos auxilios como estaba prestando á España en tantas partes para la guerra. La negociacion fué tan adelante, que llegó Luis XIV. á nombrar al duque de Borgoña vicario general de los Países Bajos. Pero habiéndose resentido de ello el Elector de Baviera, á quien el francés estaba tan obligado, abandonó éste su proyecto, por no descontentar á un aliado tan importante, y desde entonces aquellas provincias se destinaron al elector de Baviera (1).

Tan hábilmente se manejó la de los Ursinos en su propósito de derribar al cardenal embajador, que no solo interesó en su plan al ministro de Hacienda Orri, sino al mismo sobrino de aquél, el abate Estrées, que no tuvo reparo en conspirar contra su tío, á trueque de sucederle en la embajada. En cuanto á los reyes, logró que ellos mismos escribieran á Luis XIV. pidiendo con la mayor instancia y empeño su separacion. «Mi esposo y yo, le decia la reina, le detestamos á tal punto (al cardenal), que si nos pusieran en la alternativa de tolerar que siga en Madrid ó abdicar la corona, no sé por cuál de las dos cosas optaríamos.»—«Cada dia que permanece en Madrid, decia el rey, causa un mal irreparable á ambas naciones.» Tantas instancias y tan repetidas súplicas

(1) Memorias secretas del marqués de Louville.

convencieron al fin á Luis XIV. de la necesidad de retirar al embajador, y así lo hizo, aunque con pesar, ordenándole que dimitiera su cargo, y anunciándole que le reemplazaría el abate su sobrino.

Este nuevo y decisivo triunfo de la camarera produjo un cambio casi completo en el consejo de gobierno. El cardenal Portocarrero, que habia visto ir disminuyendo sensiblemente su influjo, se decidió tambien á retirarse. De este modo los dos cardenales, el francés y el español, que representaban las dos mas poderosas influencias de Francia y de España en la corte de Felipe V., se vieron obligados á ceder á la mayor habilidad de la camarera mayor de la reina. A ejemplo de los dos purpurados personajes, el antiguo presidente de Castilla Arias se retiró tambien á su arzobispado de Sevilla, ocupando su lugar en el consejo el mayordomo mayor conde de Montellano, hombre de la confianza de la princesa, y cuya integridad, moderacion y buen juicio le habian captado el aprecio universal. Se dividió la secretaría del despacho, y se dió el de la guerra al marqués de Canales, quedando lo demas á cargo de Ubilla.

Mas no por esto cesaron las intrigas entre los personajes franceses de la corte española. El nuevo embajador, abad de Estrées, que tan deslealmente habia suplantado á su tío, no se condujo con mas lealtad con la princesa á quien debia su elevacion. Bajo y servil adulador en el principio; coligado luego con Louville